

Entre y tome respiro,
Que va á ser calurosa la mañana.

—No puedo, señó Juan, traigo ganado.
Y, hambriento como va, se descarría
Y se zampa á comer en lo vedado.

—Déjelo usted engordar á costa ajena!

—¡Gran cuenta me tendría!

Mas eche, señó Juan, del champurrado.

—¡Ahí va una copa llena!

—¡Jesús, qué amargo sabe!

—¿Qué dice usted? El paladar le engaña.
¡Si es un licor más dulce que el jarabe,
Hecho por mí con marrasquino y caña!
Tome otra copa y lo hallará süave.
¿Lleva usted muchas reses á la feria?

—Todas las cabras de señó Jeromo,
Que camina á buen paso á la miseria.

—¿No se encuentra mejor?

—¡Ni por asomo!

Tan consumido se halla el pobre viejo,

Que tiene despegada

De las carnes la piel como el conejo.
—¿Y su casa del pueblo?

—Está cerrada.

—A su nieta no ha visto?

—Ni la verá por nadie ni por nada.

—¡Qué tesón tiene el viejo, voto á Cristo!

Él dice que es un hombre de conciencia,
Que al ver su honra perdida
Imposible se le hace la existencia.

—Amar la houra hasta perder la vida

Es dejar la candela por el humo.
Bueno es quererla, sí; mas la naranja

No ha de estrujarse hasta que amargue el zumo.

Menos la muerte, todo mal se zanja.

—Eso ansío meterle en la cabeza,
Pero; quiá! no le alegro;
El quererle sacar de su tristeza
Es más inútil que lavar á un negro.

—Quizás el casamiento de la moza.....

—; Quite usted! La perrada de su hijo
Es lo que más el alma le destroza.

—; Pero sabe?.....

—Un malvado se lo dijo.

—Ahora sí que en su negra angustia creo.
¡Pobre señó Jeromo!

—Tanto sufre, que el día en que le veo
Se me vuelve vinagre lo que como.

Vaya, echemos la espuela.

—¿Tan pronto? ¡Qué presura! ¡Ni el correo!

—; No ve usted que ya el sol viene que vue!a?
¡La paz de Dios, amigo!

—¡Vaya usted con la Virgen, señó Curro!

Platicando consigo
En la trastienda se metió el ventero;
El hato congregado ante su burro,
Hacia la aldea lo aguijó el cabrero,
Y como sale el hierro de las fraguas,
El sol enrojecido
Se levanto del seno de las aguas.

III.

À unos veinte minutos de la aldea, À orillas de un atajo concurrido, Aquel albergue venteril blanquea. Un corralón, en huerta convertido, Con sus frescos verdores lo hermosea, Y alégralo el simpático chirrido De una noria abundante, Que presta dulce savia á la hortaliza. Copioso abrevadero al trajinante Y rocio cristiano Al vino, que el ventero alli bautiza, Porque no entre en su casa mahometano. Hace parada allí todo arriero, Y por tenerlo á mano Visitalo también el marinero. Murmúrase que sirve de escondrijo A cualquier infeliz contrabandista Que echa en la playa próxima un alijo; Y cuenta de sus socios en la lista Á la gente á comer aficionada, Por no haber otro que aderece un sollo, Aliñe un salpicón y una ensalada, Haga una caldereta ó guise un pollo Con el primor y gracia que el ventero; Artista culinario tan sencillo, Que halaga el paladar del pueblo entero, Sazonando los guisos con hinojo, Almoraduj, orégano y tomillo, Jamones, como él dice, de rastrojo. Si triste el interior del ventorrillo, Como viejo caduco, por afuera
Sonríe con la gracia de un chiquillo.
Allí el asno que tira de la noria
Revuélcase, respinga, y si se altera
Prorrumpe en arrebatos de oratoria;

Como viejo caduco, por afuera
Sonríe con la gracia de un chiquillo.
Alli el asno que tira de la noria
Revuélcase, respinga, y si se altera
Prorrumpe en arrebatos de oratoria;
Cacareando en su jaulón de caña,
Un gallo inglés se vuelve á todos lados
Alguien buscando en quien saciar la saña;
Roncan, puestos al sol, dos perros fieles;
Cantan los jilguerillos embragados
Que sirven en la caza de cimbeles,
Y una urraca doméstica (ladrona
Que se suele encontrar lo no perdido
Lo mismo que si fuera una persona)
Del gato, su rival, teniendo enojos,
Al punto en que lo juzga adormecido
Corre callada, pícale en los ojos,
Y al tejado subiéndose de un ruelo,
Chilla sin fin como asustada monja;
Mientras el gato bufa enfurecido,
Hinca las corvas uñas en el suelo,
El lomo enarca, y cual erizo esponja
Su finísima piel de terciopelo.

I

Pensando en su entrevista
Con el cabrero, se encontraba solo
Aún señó Juan, cuando al alzar la vista
Hallóse frente á frente con Manolo;
Y aunque hombre, por su oficio, acostumbrado
À bregar con jayanes y bribones,
Evitar no logró que el desagrado
Contrajese sus ásperas facciones.

Manuel, como un doctrino,
Cortado y mudo, se plantó en la puerta
Con la vista clavada en el camino;
Pero el ventero astuto,
Lince ó grulla en hallarse siempre alerta,
No apartaba los ojos de aquel bruto,
Dispuesto à defender, cual fiera brava,
Temeroso de un robo, el dinerillo
Que en el cajón del mostrador guardaba.
De este negro pensar sacóle á poco,
Moviéndose y chillando como un grillo,

El rapabarbas ruin, que con descoco

De repente se entró en el ventorrillo.
——¿Sabe usted, señó Juan, á lo que vengo?— Dijo, sin esperar pregunta alguna.— De un empeño que tengo A que me saque pronto y con fortuna. Prometi una merienda de marisco Promeți una merienda de marisco
A mi parroquia, y ni una cañadilla
He podido encontrar. ¡No va á ser cisco
El que me arme á la noche mi pandilla!
¡Ya la conoce usted! Bastián el tuerto,
El fiel y el contador de los consumos,
El hijo del alcalde, don Mamerto.....
¡Gente de pelo en pecho y muchos humos!
Con que me dije: «Es menester que vaya
A ver si señó Juan, que las primicias
Recibe diariamente de la playa,
Con bocas ó cangrejos me da albricias.»
Déme usted bogavantes, ostiones, Déme usted bogavantes, ostiones, Almejas, langostinos.... me contento Con gambas, ó si no con camarones..... Con algo que del mar eche el aliento, Erizo, lapa, morcillón, coquina.... -¡Jesús, qué despilfarro!-Le interrumpió el ventero—para el carro

Y no me toques más á la marina. Pollos tengo, aceitunas, Queso emborrado, longaniza, lomo..... Pero bichos de mar? en estas lunas Ni regalados que los den los tomo. ¿Quiercs que te haga un guiso de carnero?

—Ni de perdices, vaya.

Marisco ó nada—contestó el barbero. -Pues á buscarlo tirate á la playa-Amostazado replicó el ventero. Cambió de tono entonces el tunante, Y dijo:-Pues tomemos aguardiente. Manolo, ¿quieres ser mi acompañante? Pues vámonos adentro, que aquí fuera
Hace un calor que el diablo que lo aguante.—
Y encerrados los dos en un cuartucho,

Habló de esta manera A Manuel aquel pérfido avechucho: A Manuel aquel perido avecimeno.

—Que fui siempre tu amigo
Y que lo soy, Manolo, todavia,
Te lo prueba el que vengo á hablar contigo.
Hoy es el casamiento de Alegría.
¡No te alteres así! Vamos, cachaza.

No de la misma abans que cho día?

No da lo mismo ahora que otro dia?.... Perico llegó ayer. Hijo, en la plaza, De orgulloso que viene no cabía. Que es un tuno dirás? Pues la Marquesa Que, cual todos los ricos y beatos Sólo por los pillastres se interesa, Está loca por ese pelagatos. Librólo del servicio, Y esta tarde lo casa con la niña. No es, dime tú, para perder el juicio El que esos dos bribones Que están matando á penas á tu padre Y te han perdido á tí, sin más razones Se metan en la casa de tu madre? ¡Lo que te digo, si! Tras la comida Que la Marquesa les dará en su casa,

A la tuya se irán de recogida.

¡No te exaltes! Paciencia. ¿Qué te importa? Hazte el bobo, Que no hay mejor virtud que la prudencia.

Asómate, Manuel, al ventanillo. ¿No es el cura el que pasa en aquel mulo? ¿Adónde irá ese padre zarandillo? Sin duda á confesar á Juan, el Chulo,

Que muriéndose está de tabardillo. Que muriendose esta de tabardino. ¡Ya se vel mayoral de la Marquesa, ¡Cómo no iría á visitarlo el cura? Al pobre, por quien nadie se interesa, No le dan confesión ni sepultura. Con que ya sabes ; à las siete, boda; A las ocho comida, y á las once.....
—¡Calla!—gritó Manuel enfurecido—

Si á estacazos no quieres que te tronce!

—¡Pues no se me incomoda— Articuló el barbero sorprendido— Cuando para evitar una desgracia Y á consolar su espíritu he venido! Ayer, para mi sayo, me decia: «Ya que Manuel no tiene quien le imponga De la suerte que corre su Alegría, Yo se la iré à decir, aunque me exponga A que murmuren de la fama mía.» Te cito, te hablo, de tu mal me duelo.....

Y me das este pago Cuando vengo à servirte de consuelo! -Estoy loco, no sé lo que me hago-Manuel balbuceó; - gracias, amigo. -Y perdida la calma,

Al campo se lanzó por el postigo, De veneno mortal henchida el alma. Tras mucho alborotar, fuése el barbero, Que estaba, por la pita, entre dos luces, A quien al irse le gritó el ventero Haciéndole mil cruces:

-- Anda con Dios, y muda de sendero, Ó en los infiernos te hundirás de bruces; Que tienes una lengua, niño mío,
Más ardiente que caldo de altramuces,
Que, como el vitriolo, quema en frio.
Si sigues con injurias y denuestos
A cuanto Dios crió, ten por seguro Que has de morir con los zapatos puestos. No te acuerdes de mi ni de mi venta; Que aunque soy hombre yo que no me apuro Por mucho que retumbe una tormenta, El día maldecido en que te veo De que vi à Lucifer me hago la cuenta, Pues me queda en el alma el cosquilleo Que produce en los labios la pimienta.— Siguió impávido el mozo su camino

Y se perdió entre verdes olivares; El ventero á su hogar volvió mohino Comentando del dia los azares, Y convertido en húmedo bochorno Por el viento marino, El calor del terral, que era el de un horno, Espesa nube que del mar venía, A poco sobre el campo mortecino En fresco chaparrón se deshacía.

Entretanto en la hacienda de Jeromo, Sentados á la puerta del sombrajo El viejo en un chupón y el señor cura En un dornillo puesto boca abajo, Hablaban de esta suerte: _La amargura

Es la piedra de toque de las almas. Sólo ante Dios es bueno Y blandir logra victoriosas palmas Quien sufre los dolores resignado. Quien no abrigó desgracias en su seno Y de ellas no salió purificado,



DIANA CAZADORA

Un santo podrá ser, pero no puede Á boca llena blasonar de honrado.

—Ni oyendo á su merced mi angustia cede. Es, señor cura, mi pesar tan hondo, Que no hay poder humano ni divino Que alcance á llevar mieles á su fondo. Sembré alazor y me salió anapelo, Y con la fe, perdida la esperanza, No querer consolarme es mi consuelo, —Entera pon en Dios tu confianza, Y en seguida darás con el camino Que conduce á la bienaventuranza. Al cielo pide luz, pobre insensato; Quien se erige en maestro de si propio Enseña vanidad á un mentecato. La fe tan sólo alivia y cura el alma; La razón, traicionera como el opio, Le da veneno al procurarle calma. Abrázate á la fe con firme anhelo, Y en las luchas terribles de la vida Hazla que tienda hacia la altura el vuelo, Como alondra que, al verse perseguida, Para salvarse se remonta al cielo. -¿Me toma su merced por un hereje Porque juzgo mis males sin consuelo? ¡Por la Virgen! de tal no me moteje. Habré sido en mi vida loco, vano, Charlatán, orgulloso, testarudo.... Pero nunca dejé de ser cristiano. Mándeme su merced, y ciego y mudo Le rendiré obediencia; Mas no me lance al mundo, padre mío, Llevando la deshonra en la conciencia. -El rostro lleva alzado: La desgracia, Jeromo, no envilece A quien, cual tú, está libre de pecado, Sino à aquel pecador que la merece. Mejor ó peor serás porque te alabe O vitupere la opinión mundana Que ni siquiera sabe A dó camina ni de dónde emana? Su mercod, señor cura, me confunde, Pero no me convence. ¿Cómo, si mi deshonra se difunde, Querer que no me duela ni avergüence? Lo haría su merced, porque es un santo; Pero à un hombre cualquiera, señor cura, No le da el cielo fuerzas para tanto. Además, ¿por qué á mí tanta amargura, Mientras vive el perverso sin quebranto? —¡Dichosa la criatura À quien sustenta Dios con pan de llanto! Bendice el torcedor que te sofoca. Cuando la angustia el corazón te oprime Es porque el dedo del Señor lo toca Y en él la cruz de su martirio imprime. Deja que pida á Cristo el fariseo, No el dolor que á su diestra nos coloca, Sino el placer que le mintió el deseo; Que le busque con gozo y ansia loca Para comer su pan, y que rehuya Llevar la hiel del cáliz á su boca; Que le siga con palmas é incensario En su entrada triunfal, y que le huya Cuando marcha vencido hacia el Calvario. Se hundirá en el abismo con asombro: Que para alzarse al cielo, es necesario Cruzar la tierra con la cruz al hombro. En cambio, tras la vida pasajera, El alma que por Dios ha padecido Al cielo se dirige más certera

Que la paloma hacia su propio nido. —No más, amado padre, El corazón vencido Con saetas divinas me taladre. Perdóneme el Señor si le he ofendido! Oyendo á su merced, mi rebeldía, Como la nieve al sol, se ha derretido. La ignorancia razones me mentía, Y á desoir á un santo me arrastraba, Loco de mi! cuando besar debia El polvo vil que su merced pisaba. Por ver de complacerle la manera, Mi pecho late ya con más anhelo Que el corazón del ave prisionera En la mano tirana de un chicuelo. En mi pecho ha prendido su doctrina, Que ser no puede, aunque el error lo agite, Cedazo que pasar deje la harina Para guardar el áspero acemite. ¿Qué de este viejo su merced pretende? —Ante todo, hijo mío, Que á Dios bendigas, que de nuevo enciende Tu corazón que aletargaba el frío; Que olvidando pesares y rencores Y perdonando con afán profundo, Abras tu corazón á los amores Y los cierres al tráfago del mundo; Que á aquella niña vuelvas á tu gracia -¡Me ha deshonrado!

—¡Ne na desnorrado; —¡Calla! Yo la abono; La pobrecilla, más que su desgracia, Las tuyas ha llorado y tu abandono. - De veras?

-Y repite sin consuelo Que honrada ser no puede ni dichosa Si no la vuelve á bendecir su abuelo. Marchitándose va como una rosa Por causa tuya.... -¿Mía?

—¿No te digo Que es su vida una muerte dolorosa Por no poderla compartir contigo? — Sin razón, padre mío, se querella. ¿ Quién dió origen á tanta desventura? ¿ Quién se huyó de mi casa sino ella? -Por eso es más terrible su amargura. Culpable arrepentida, Voraz remordimiento Le consume la vida, morirá la triste en el tormento. Y morira la triste en el tormento,
A no volverle la perdida calma
De su abuelo el perdón ambicionado,
Que daría en el fondo de su alma
Como lluvia de Abril en el sembrado.

— ¿ Es necesario? Bien. Yo la perdono. Pero no así, no á medias, No con esa altivez y falso entono De galán de comedias. — Pues cómo se perdona, señor cura?
— Bajándose al caído
Para elevarlo á nuestra misma altura. -Dar perdón tan humilde y tan rendido Á esa traidora, de lo humano pasa. —¿Cómo la ha perdonado su madrina? Su corazón abriéndole y su casa. Y yo ¿cómo? Evitando su rüina. Y te vienes con falsos pareceres, Tú, su padre, su abuelo, el obligado!.... Acaba de decir que no la quieres Y de una vez habremos terminado! -; Jesús! ¿ que no la quiero,

Y sólo al recordarla, padre mío, Me dan unas angustias que me muero? ¿Cómo por mí no amada, Cuando enjugué su lágrima primera, La luz gocé de su primer mirada, Dió de mi mano su primer carrera Y fué, padre, mi nombre lo primero Que articuló con lengua chapucera? Qué influjo en mi ejercia tan certero! Cuando un disgusto grave A rabiar me obligaba como un lobo, Viniendo á mí con su pasito de ave, Dábame un beso y me dejaba bobo. Cuando cerrado el porvenir creía Por algún contratiempo, la miraba Y el cielo de repente se me abria. Su sonrisa causábame embeleso, Su voz de ruiseñor me enajenaba. Y el sonoro chasquido de su beso A música celeste me sonaba. Trocados los papeles, no sé cómo, Ella la abuela regañona era, Y el nieto juguetón señó Jeromo. Iré à su lado, si, cuando ella quiera; Mas antes que me jure, padre mio, No dejarme hasta el dia en que me muera; Porque viejo, y enfermo y acabado, Se me helaria el corazón de frío Si otra vez se alejase de mi lado! Si es cierto que mi enojo la tortura, Que de pena está mala, Condúzcame á su lado, señor cura, Y que se vaya el mundo noramala. Hoy es de feria alborotado día. Por eso no te llevo en este instante Al lado de Alegria. -¿Y cuándo la veré?

—Más adelante; No dé que hablar.

—Me faltará el aguante. —Cuando la veas la hallarás honrada. Esta tarde la caso con Perico.

—¿ Con el tuno?.....

-La lengua ten atada. Aunque algo calavera, es muy buen chico, Y el único además que lavar puede De su honor la mancilla.

—è Pero mi nieta al sacrificio accede? Tu candidez, Jeromo, maravilla! Si por ese buen mozo Está loca de amores la chiquilla! ¡La Marquesa los casa con un gozo! Qué mujer tan completa! No hay día en que no haga un beneficio. Ella cual madre recogió á tu nieta, Libró á ese tarambana del servicio, Y ahora, al casarlos, á la chica dota Y da al soldado lucrativo oficio. -; Es una santa!

-Lo será de nota. Que hace el bien de manera tan sublime, Que al triste corazón, ni aun con el peso De la debida gratitud oprime. -¿Cómo le pagaré tantos favores? -Celebrando con ella este suceso. ¿La quieres complacer?

-Con mil amores. -Pues á eso de las diez, vete á tu casa, Que alli irán á buscarte los muchachos. No pongas á tu amor al verlos tasa.

¡Fuera enojos y empachos! Al llegar, los abrazas, los bendices, Hablas con ellos, y á la media hora Serás feliz haciéndolos felices. : Irás?

-Lo juro. -En tu palabra fio.

Adiós entonces.

—No, digame ahora Qué he de hacer con el pérfido hijo mío. —Veremos la manera De volverlo al redil.

-Es una fiera Cuya infame conducta me asesina. —Todo se arreglará; paciente espera Su redención de la bondad divina. -¡Oh, cuánta dicha á su merced le debo! -A mi, Jeromo, no me debes nada, Y que juzgues favores desapruebo Actos que son mi obligación sagrada. —Por más que su merced lo disimula, Es, ha sido y será mi Providencia. —Calla, tonto, y acércame la mula, Que el dia está sufriendo gran trastrueque. ¡Me voy á remojar, si la querencia No hace andar á esta pánfila de modo Que me ponga en mi casa antes que trueque Un chaparrón la polvareda en lodo! ¡No estoy para estos trotes! ¡Soy un vejete ya! ¡La cincha afianza! Con que ya sabes, ¿eh? No te alborotes. Mucho amor, mucha fe, mucha esperanza, Y encontrarás consuelo -Déjeme su merced que sus pies bese. —Quita, Jeromo, ¿qué arrebato es ese? ¡Al orar y al gemir se mira al cielo!— Y enjugando una lágrima furtiva Que arrancóle la angustia del abuelo, A su bestia pasiva
Tanto dió con los pies y con la rienda,
Que á pesar de ir sendero cuesta arriba
La sacó galopando de la hacienda.

VI.

Á la mitad se hallaba del camino Cuando cerróse el claro firmamento; La hojarasca arrastrando en remolino, Como una furia desatóse el viento: Las nubes, agrupándose en montones Y rasando la tierra cual la bruma, Rompieron en pesados goterones; La mar, picada, se cubrió de espuma, Y ardiendo en el relámpago rojizo Al pavoroso retemblar del trueno El cielo en cataratas se deshizo. —¡Todo sea por Dios!—no más decia El Padre Manolito muy sereno, Mientras la lluvia torrencial sufria; Y á la mula aguijaba
Que ante el turbión, de espanto temblorosa,
En vez de ir adelante, reculaba.
Contra el pobre señor todo se unía.
La lluvia tormentosa Hasta el hueso calábale, le hacía Su juguete la mula recelosa, El firmamento en fuego le envolvía, Y en lugar de rendirse á tanto azote, Su-¡Todo por Dios sea!-repetía Cada vez más tranquilo el sacerdote.

Aeste punto, del áspero vallado Aeste punto, del aspero vandas
Que orillaba la senda
Saltó un hombre al camino apresurado
Y sujetó la mula por la rienda.
—¡Jesús! ¿Qué quiere este hombre?—
El cura murmuró sobresaltado. —Su merced no se apure ni se asombre— Se apresuró á decir el asaltante;— Se apresuro a decir el asattante,
Sólo librarle quiero
Del peligro que corre en este instante.
—;Pues si es Joaquín el fiero!—
Reconociendo al hombre, dijo el cura.—
Y el bandido exclamó:—;Teme mi saña
Su merced, por ventura?
Fl. corregón te engaña: —El corazón te engaña; Nadie infunde temor ni nada apura À aquel que lleva á Cristo por compaña.

—Pues déjese guiar de este bandido Que à su merced venera Porque el sostén de su familia ha sido.— Y como el que de un niño se apodera, Lo abrigó con su manta jerezana, Y agarrando el cabestro
De la mula tirana,
De aquel mal paso la sacó del diestro
Y la puso obediente en tierra llana.

—Toma la manta—el cura entonces dijo.

Después da baberla en mercad usado. Después de haberla su merced usado,
No la debo usar yo.

—¿Qué dices, hijo?
—Que se la entregue su merced á un pobre
Que esté desabrigado.
—¿Pero y tú?

-Yo soy fuerte como un robre. Con Dios, padre!

- Un favor!

—¡Un favor!
—¿Cuál, señor cura?
—Que te arrepientas de tu mala vida.
—¡Si pudiera borrarse lo pasado!
—¡El cielo, al perdonar, todo lo olvida.
—¡Padre mío!..... La Virgen lo acompañe.

-Pues hazme otro favor.

—¿Cuál? -Que Manolo,

Vuelva á su hogar, y el corazón no dañe
De su padre afligido....

—Descuide su merced—dijo; y de nuevo
En los breñales se perdió el bandido.

Nadie en verdad creyera

Que un señor tan longevo,

Tanta emoción y azote resistiera; Mas fué de ver, el aluvión pasado, Lo alegre y arriscado Que pasó con su mula casquivana Por en medio del pueblo alborotado Ostentando su manta jerezana.

VII.

Pasado el riego de la lluvia santa, ¡Cómo la tierra de placer sonrie Y con cuántos colores se abrillanta! La fuente brota, el arroyuelo rie, Un hálito del suelo se levanta Que los sentidos con su aroma engríe; Todo luce y trasmina, Desde la flor hasta la inerte piedra, Y se adorna la planta mortecina Con el verdor lustroso de la hiedra. Las cortezas de líquenes cuajadas Hacen que de los árboles los troncos Relumbren cual columnas bronceadas; Recobran su esbeltez los tallos broncos, Y por las tibias hojas palpipantes El agua rueda en desgranados hilos De lucíferas perlas y brillantes. Entonces la tarea Toma la hormiga de limpiar sus silos, Y de arenosos montes los rodea; Las viudillas pintojas Que del furor del agua se defienden En el reverso de las anchas hojas, Las alas sacan y á la luz las tienden; Se bañan los gorriones en los baches, Y las limpias pezuñas del ganado Relucen como negros azabaches.
De sus alas abriendo el abanico,
El plumaje mojado
Se atusan las palomas con el pico. Todo es luz, movimiento y alegría; El mundo, de ventura enajenado, A los cielos eleva su armonía, Y, símbolo de paz, la ardiente espada De célico querube, En el nimbo de Dios tornasolada, El iris pinta en la rasgada nube.

José VELARDE.



